

# En busca de los lugares sagrados

GABRIELA VALLEJO CERVANTES

**T**amoanchan y Tlalocan. Sitios de niebla, según las representaciones de los himnos sacros, de la poesía y de las descripciones de la religión antigua, ambos lugares son el principio y el fin, donde se gestan las cosas y donde desaparecen finalmente del mundo mesoamericano. En esta bruma que los acerca y los confunde, aparecen presencias que parten de la historia y llegan hasta su dimensión intemporal, el mito, insertándose en la vida cotidiana de los grupos indígenas herederos de la tradición religiosa de Mesoamérica. Éste es el paisaje que nos dibuja de entrada Alfredo López Austin, eminente historiador de la religión mesoamericana e investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México, en su reciente y magnífica obra *Tamoanchan y Tlalocan*, al invitarnos al viaje topográfico y antropológico por los lugares sagrados de tzotziles, huicholes y serranos (nahuas, otomíes, tepehuas, totónacos).

Situados en el terreno de la polémica, ambos sitios tienen aún una existencia más mágica que geográfica. Tamoanchan es lugar de creación donde se generan las sustancias sutiles (entidades anímicas, almas o fuerzas divinas) para dar vida y transformar a los seres del mundo. Tlalocan, en cambio, es el lugar de destino, de la muerte, a donde van los hombres víctimas de Tláloc, dios de la lluvia: los fulminados por el rayo, los ahogados, los que sufren de bubas, hidropesía o cualquier otro mal relacionado con el agua. Tlalocan, al ser representado por una montaña hueca, siempre llena de frutos, ha sido confundido, en sus confluencias con el cristianismo, con el paraíso terrenal.

Las raíces del tema se encuentran en un libro anterior de Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache*. En este trabajo, en el que se abarca todo el territorio mesoamericano e incluso más allá de sus fronteras, el autor se acerca a Tamoanchan a partir, por ejemplo, de las ideas que se te-

nían sobre este sitio en el periodo Preclásico y de la tradición oral de nuestros días. La ubicación de Tamoanchan en el Cosmos se encuentra en la superficie de la Tierra (sitio donde los dioses vivieron, y posteriormente lugar de transgresión y castigo); el principio del mundo y el origen de los seres por el influjo de las fuerzas divinas tuvo lugar en Tamoanchan. La minuciosa labor de investigación en esta obra le permitió a López Austin llegar a la conclusión de que existía una unidad en la religión mesoamericana, y a partir de ahí, emprender la verificación de estas conclusiones considerando un territorio más pequeño: los pueblos de habla náhuatl del Altiplano central de México durante el periodo Posclásico tardío; además prestó atención especial a los mexicas en vísperas de la conquista española. Éste es el origen de la obra que reseñamos en este espacio.

La metodología empleada por López Austin para reconstruir el camino hacia Tamoanchan y Tlalocan se basa en la consideración de que existe una sola tradición religiosa mesoamericana que se ha transformado a través de los siglos pero que ha conservado un núcleo que protege valores, creencias y prácticas. En el recorrido por el hecho histórico religioso en Mesoamérica, aparecen algunas constantes: el "núcleo duro" se asimila con otros elementos más vulnerables al cambio y otros de naturaleza totalmente efímera. Este centro resistente abre la posibilidad de establecer un marco de referencia que permita hablar de una sola religión, aunque con variantes. Las actuales religiones indígenas son religiones nuevas, diferentes, coloniales, influidas por el cristianismo, aunque afiliadas a la tradición.

Desde aquí, las aproximaciones a Tamoanchan y a Tlalocan se llevan a cabo de distinta manera: para Tamoanchan, la temática, las fuentes e información recabada corresponden a la etapa Mesoamérica y a la época colonial temprana, mientras que

Tlalocan es visto a través de un modelo de pensamiento presente en tres pueblos indígenas actuales.

El hilo conductor que maneja con destreza López Austin es la idea de principio y fin en la cosmogonía. En la cultura mesoamericana hay un continuo influjo divino de transformación que crea y destruye incesantemente, por lo que las cosas del mundo se relacionan con estos sitios sagrados. A partir de la creación del cielo y la tierra (a través del cuerpo de Cipactli, con lo que se constituye la gran división entre la parte femenina y la masculina del Cosmos), los hombres también se ven profundamente influidos por las esencias divinas. Dice López Austin:

Es una cultura en la que era tan importante la posesión divina, a partir de ella se explicaba la influencia del tiempo, como se explicaban los cambios de ánimo, la exaltación virtuosa, la inclinación al pecado, el desarrollo artístico y la locura. Todo era atribuido a la presencia interna de los dioses. (p. 39.)

Tamoanchan es el paso en el que confluyen los ámbitos divino y humano. Como lugar mítico, es uno de los más importantes, y como sitio terrestre, no se sabe con precisión dónde estuvo ubicado. Para llegar a situarlo, López Austin traza una ruta analítica que parte de los textos de Chimalpahin, Sahagún y el obispo Plancarte hasta los de Piña Chan, uno de los grandes especialistas contemporáneos sobre el tema.

Tamoanchan se encuentra en el origen del mundo y en el principio del tiempo; simboliza la permanencia de los seres creados: los dioses unieron sustancias contrarias, crearon el sexo y con ello el mundo de los hombres. Por su pecado, estos dioses fueron castigados y desterrados al mundo de la muerte y a la superficie de la tierra. Su vida ahí sería como la vida de los hombres: limitada por el tiempo, el espacio y las percepciones que se tenían de esto pero con la posibilidad de la reproducción.

Entendida como el espacio donde todo es creado y donde existe la abundancia, muchos grupos indígenas viajaban con el deseo de llegar a esta tierra prometida. Olmecas, xicalancas, cocolcas, xochitecas y quiyahuiztecas fundaron poblaciones que intentaban reconstruir el arquetipo de ese lugar de origen y que además les diera el derecho divino de posesión de la tierra. El Tamoanchan terrestre era un espejo en

el que se reflejaba el Tamoanchan mítico, de donde provienen algunos de los regalos —como el maíz— que los hombres reciben de los dioses. Tamoanchan es el eje del Cosmos y el conjunto de los cinco árboles cósmicos, en los extremos del mundo.

El acceso a Tlalocan es distinto. Debido a la complejidad de las funciones cósmicas de este sitio, López Austin propone un modelo interpretativo que abarque los procesos acuáticos del Cosmos, el proceso agrícola y, en particular, el cultivo del maíz. Los tres pueblos en que se aplica se distinguen por la poca influencia que ejerció sobre ellos el cristianismo, gracias a que se encontraban en territorio de montaña. He aquí algunas características de estos grupos indígenas:

a) Los tzotziles. Originarios de Chiapas. Según este grupo, el Cosmos está dividido en dos partes opuestas y complementarias que generan dualidades como

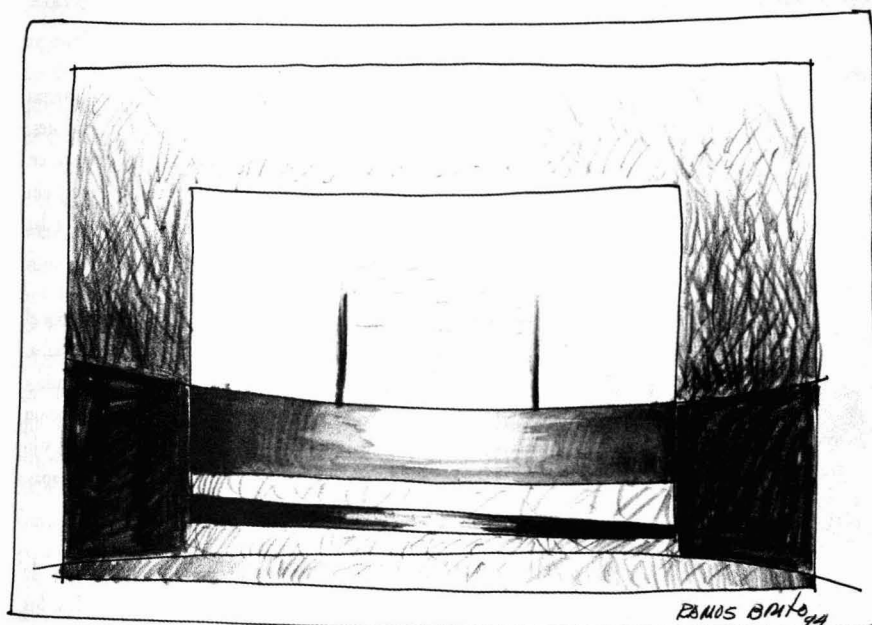
fuerzas frías y de muerte. A medida que éste crece va adquiriendo calor. El hombre cuando nace tiene dos almas: el *ch'ulel*, una fuerza indestructible que sigue un ciclo parecido al del maíz y el *wayjel*, un alma que se relaciona con un animal ligado al mundo sobrenatural de los antepasados. Los mejores hombres del grupo son aquellos que en sus dos almas están cerca de los dioses patronos.

b) Los serranos (nahuas, otomíes, tepehuas, totonacos). Originarios de la sierra norte de Puebla. Su universo presenta también dualidades: arriba-abajo; arriba se encuentran los hombres y abajo, los antepasados. Hay dos grandes fuerzas cósmicas: el Sol, que genera la parte cálida, y San Juan, que origina la parte fría y húmeda. El gran depósito y fuente principal de las entidades anímicas, de los "corazones", "semillas" o "espíritus de las semillas" que dan vida a plantas, animales y cosas crea-

presentada por Nacawé, la Diosa Lluvia, entre los que se establece una batalla, el medio creador por excelencia. En el mundo todo es de origen divino, incluyendo los objetos fabricados por el hombre. El crecimiento, la reproducción de los seres y la prolongación de la existencia de las especies después de la muerte se rige por el poder de las diosas acuáticas. Con ellas se relaciona Tate Otuanáka, la Diosa del Maíz, a la que se ofrece un ritual complejo cuando se prepara a la tierra para recibir el maíz. Éste también está conectado con la vida del hombre: el recién nacido, al igual que el maíz, está impuro y la ceremonia en que se purifica la cosecha sirve para asegurar la salud de los niños.

En el caso de los tres grupos, Tlalocan es un gran depósito de agua del que surge la vegetación y que a veces, cuando es torrencial, se lleva la vida de los hombres. Su territorio se extiende bajo la superficie de la tierra (Tamoanchan); su corazón está en el centro del mundo y de ahí sale hacia la superficie en los árboles primordiales de los rincones del mundo. Tamoanchan y Tlalocan son finalmente dos mundos que al complementarse forman un solo cosmos. Su manera de manifestarse, además de la influencia divina que ejercen en los seres vivos, es a través del ciclo agrario, sobre todo del ciclo del maíz, prototipo del movimiento de las fuerzas divinas sobre el mundo. El mito acerca de esta lucha de los opuestos y del proceso creativo que implica la relación entre Tamoanchan y Tlalocan se extiende por todo el mundo mesoamericano. Por ello, tal vez no sea descabellado considerar que está presente aún en nuestros días en las creencias de muchos grupos mestizos; es un sustrato ideológico formado por un vasto complejo de creencias y rituales que desafían los tiempos. El viaje deleitoso que nos propone Alfredo López Austin por estos territorios religiosos es sin duda a profundidad pues comprende tanto comentarios históricos como trabajo de campo. En un México tan disímulo, no es fácil estar desligado totalmente de los lugares sagrados, de un Tamoanchan que quiere decir, según el *Códice Florentino*, "se desciende a nuestro hogar". ♦

Alfredo López Austin: *Tamoanchan y Tlalocan*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994. 261 pp.



muerte-vida, frío-caliente y tiempo de lluvias-tiempo de secas (el maíz, por ejemplo, es caliente mientras que el frijol es frío). Las plantas, los animales y algunos objetos fabricados por el hombre tienen un alma que debe recibir alimento. El crecimiento y la reproducción de plantas y animales dependen de los dioses que se relacionan con la parte húmeda, terrestre y fría de la tierra. La deidad principal es la Santa Tierra, a la que se subordina el 'Anjel, dios de la lluvia. Hay una relación profunda entre el hombre y el maíz: el ser humano es como la planta tierna de maíz, cargada de

das por el hombre, es la montaña mítica llamada Talokan; éste es el corazón de la Tierra y el lugar donde se yergue el árbol florido, símbolo de la potencia y de la sacralidad. El arquetipo principal es el del maíz, del cual el hombre toma sus características paradigmáticas.

c) Los huicholes. Originarios de la Sierra Madre Occidental, que ocupa el norte de Jalisco, el oriente de Nayarit y en menor proporción, Zacatecas y Durango. Este grupo se rige por dos fuerzas cósmicas opuestas: la ígnea, representada por Tayau-pá, Nuestro Padre el Sol, y la acuática, re-